

Agricultura Urbana: La Experiencia Cubana

María Caridad Cruz*

Los participantes de la Red de Agricultura Urbana para América Latina y el Caribe que surgió en 1995 en Bolivia, nos hemos venido reuniendo cada tres años. A finales de abril de este año se va a realizar la cuarta asamblea de la red. Lo más importante de lo que hemos hecho ha sido el intercambio de experiencias a nivel de productores, instituciones y municipios.

Hablando de Agricultura Urbana lo primero que nos viene a la mente es preguntarnos si podemos hablar de un modelo de ciudad sustentable, cómo trascender el discurso y las visiones macros sobre la sustentabilidad. Realmente, parecería fuera de toda la lógica hablar de un modelo de ciudad sustentable cuando sabemos, con solo salir a observar, que nuestras ciudades no son para nada viables debido al costo ambiental con el que se están desarrollando.

Es necesario pensar un poco qué patrones de vida, de consumo son los que estamos promoviendo, porque muchas veces queremos salud, educación, pero tenemos que producir un cambio en nuestra mentalidad que no comprometa la posibilidad de que las próximas generaciones puedan satisfacer sus necesidades. Con esta perspectiva, el desarrollo de un sistema urbano o rural puede funcionar indefinidamente sin agotar o sobrecargar los recursos fundamentales de los que depende.

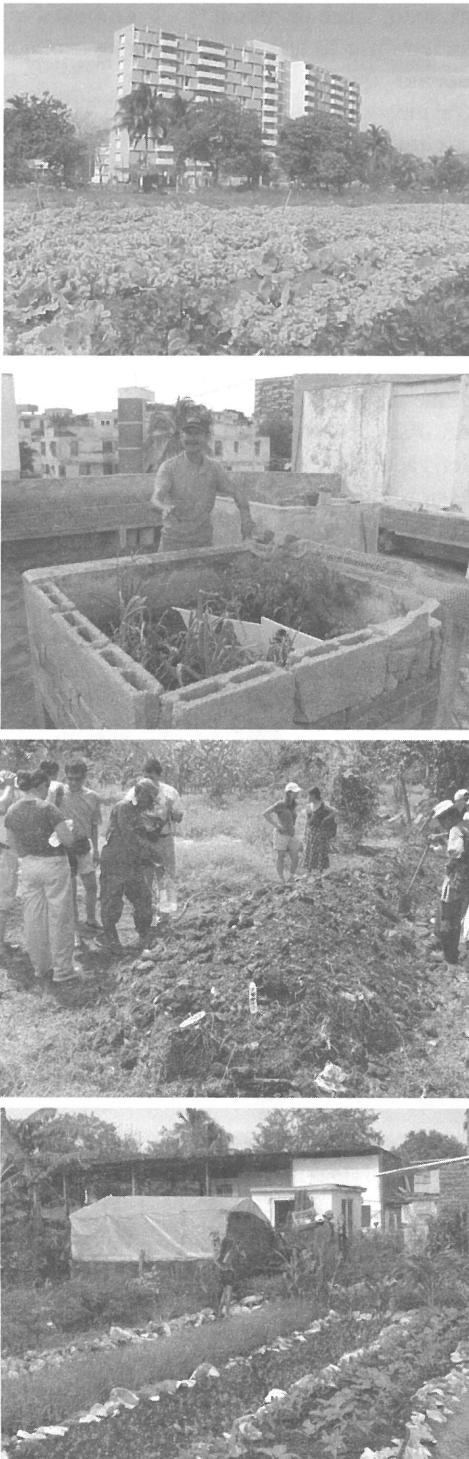
Tenemos que ver el desarrollo sustentable como un proceso, ya que a veces hablamos mucho de ello como si fuera cocer y cantar. Y esto es un proceso que tiene objetivos múltiples (ecológicos, económicos y sociales) difíciles de abarcar al mismo tiempo. Por eso tenemos que dar prioridades posiblemente en lo económico, pero sin perder de vista lo ecológico.

Para concretar lo expuesto a la escala local (base), cada uno tiene que definir qué es lo local, si es el municipio o un espacio que hace parte de éste; pero indudablemente abordar estas actividades no es muy fácil en una escala muy grande, donde se demuestre la viabilidad de las alternativas propuestas. En nuestro contexto, por ejemplo, hay avances que se corresponden con los objetivos generales de desarrollo sustentable y hay muchos procesos en gestión que contribuyen al mejoramiento integral de los servicios de educación, salud y empleo pleno que tenemos.

Pero también tenemos debilidades derivadas de nuestra cultura agraria. Nosotros nos hemos pasado siglos sembrando caña para producir azúcar, para vender azúcar, para comprar comida. Eso es algo bastante insustentable y está en nuestra cultura.

Por ejemplo, se han generado impactos ambientales negativos, como el desarrollo de la ganadería que si bien aseguró una disposición de leche para todos, no es menos cierto que arrasó con muchos árboles de todo tipo y hoy los períodos de sequía son mucho más recurrentes.

Soluciones a problemas coyunturales, que si se hubie-



ran efectuado trascendiendo el corto plazo, reportarían cambios progresivos y perdurables en nuestra forma de vivir porque en un momento que no teníamos combustible, se desarrolló mucho la bicicleta, que los ambientalistas sabemos lo beneficioso que es eso y sencillamente después de que apareció un poco de combustible, ahora tenemos menos bicicletas.

¿Por qué la prioridad en lo urbano? Todo lo que nosotros consumimos en las ciudades, todo, viene de afuera y el desarrollo sustentable busca reutilizar lo que sale, producir lo que se necesita. Sabemos que no todo se puede producir en la ciudad pero al menos buscar lo más posible que podemos producir y eliminar por supuesto el consumismo.

Pensamos que en todo ese proceso de desarrollo sustentable hay algunas cuestiones que son importantes. Actualmente, la ciudad es el producto del quehacer de sus ciudadanos y son éstos los que deben ser protagonistas de su planificación y gestión.

Ese papel lo tiene el Estado o el mercado y por esa razón tenemos que transferir, o sea, buscar que se transfieran cuotas de poder, cada vez mayores a la población, en la concepción, planificación, gestión y evaluación de su proceso o de los procesos que ocurren en la ciudad.

Otro aspecto es modificar la cultura de ciudadano porque tenemos muchos defectos los que vivimos en las ciudades. Somos consumidores, generadores de desechos, con una visión distante de lo rural que considera que eso le corresponde a otros.

También el ciudadano es dependiente con carencias, muchas veces artificiales generadas por los intereses generados para solucionarlas, aquí lo hemos visto. ¿Cómo contribuir a ello desde una visión propia del desarrollo sustentable? ¿Cómo evitar



posiciones paternalistas? ¿Cómo aprovechar ese espacio para ir modificando patrones de conducta y estilos de vida?

Las respuestas a estos interrogantes están en cada una de las personas que habitan en el espacio local; e indudablemente, hay una contribución a través de los gobiernos, las organizaciones no gubernamentales y las universidades; pero son ellos los fundamentales protagonistas de esos cambios.

La construcción de un asentamiento humano sustentable llevará mucho tiempo, trabajo y recursos, pero más difi-



cil resultará transitar hacia la sustentabilidad en un asentamiento humano ya construido. Esa utopía que resulta en la "Ciudad Sustentable" sólo será posible si trabajamos desde ahora juntos para identificar, perfeccionar y consolidar aquellos procesos que pueden contribuir a ese tránsito.

Entre éstos, es evidente el aporte a la sustentabilidad urbana de la producción agrícola en las ciudades, lo que hoy llamamos "agricultura urbana", que siempre ha existido, ya que desde la fundación de una ciudad lo primero que tenía que tener era tierra y agua. Después de estas primeras fundaciones, muchas personas en las ciudades han seguido haciendo agricultura urbana sencillamente concebida como producción agropecuaria, ya que la actividad pecuaria es parte de la agricultura urbana. Estas prácticas tan antiguas, sin embargo, a veces no están legisladas, a veces habría que regularlas más adecuadamente y en otros casos se requiere intervenir en las legislaciones que existen.

La agricultura urbana es realizada por múltiples actores, con diversos propósitos, utilizando diferentes espacios: Incluye las fincas que están en la periferia; las parcela

que no están utilizadas; las franjas de protección de ríos y cursos de agua, que obviamente, requieren de un diseño específico; una terraza, una pared, un balcón; en síntesis, cualquier espacio posible de utilizar para la actividad productiva dentro de la periferia de las ciudades y de otros asentamientos humanos.

Esta actividad es estimulada, por supuesto, por la po-



breza; sin embargo, factores como el uso del tiempo libre de los jóvenes, el saneamiento urbano, la terapia ocupacional, el mejoramiento de la nutrición, entre otros, la están desarrollando fuertemente en contextos muy diferentes, en cuanto a sistemas políticos y económicos, cultura, geografía, historia, forma de hacer de los habitantes, sus intereses para organizarse, tradiciones y propiedad de



la tierra, principalmente.

Es evidente que esta agricultura tiene una dimensión local y comunitaria que le permite trascender el papel de aliviar las condiciones de pobreza, para convertirse en una clave en el tránsito hacia una ciudad sustentable.

Entonces, no solo estamos hablando de pobreza, estamos hablando de sustentabilidad urbana. Y digo “no solo” porque sabemos que es importante.

Esto es parte de todo lo más relacionado con la Red, pero como yo soy cubana, voy a hablar de los resultados de Cuba.

La Agricultura Urbana en Cuba

Nosotros no tenemos una relación con la tierra como la tienen muchos de los países de América Latina; esto se debe a que históricamente, la relación con la tierra que había en Cuba es la relación del esclavo y por supuesto, el esclavo no quiere la tierra porque lo están obligando a trabajar de muy mala forma.

Esa historia nuestra impone condiciones y define una cultura agraria con debilidades que inciden en proyectarnos hacia un desarrollo sustentable. Es importante reconocer debilidades porque si no las reconocemos

distorsionamos la realidad y desaprovechamos los procesos que pueden aportar componentes importantes y permanentes, no transitorios, para un desarrollo sustentable.

Desde 1959, el Gobierno se planteó producir relevantes transformaciones económicas, políticas y sociales, con el objetivo princi-



pal de crear un orden de equidad y justicia social; entre los que estaba modificar la imagen del campo, que por supuesto era el símbolo de la pobreza y la precariedad extremas, y alimentar equitativamente a la población.

Pero, ¿Cómo alimentar equitativamente a la población con esas debilidades de nuestra cultura agraria? La respuesta, ya que estamos hablando del año 1959, es que no había otro modelo de desarrollo que no fuera la revolución verde. Y ese fue el modelo de desarrollo agropecuario del país durante todos estos años: Sistemas de producción a gran escala; alta especialización y excesiva intensificación; monocultivo de exportación; dependencia de agroquímicos, maquinaria agrícola y otros insumos.

Ese sistema de producción se transfirió al sector campesino; prácticamente se creó después de dos leyes de reforma agraria; y ocupa el 20% de las tierras cultivables del país. Con esto se modificó formas tradicionales de

de la fertilidad y a la erosión de los suelos; hoy por hoy, el 74% de la tierra cultivable del país está degradada de una u otra forma.

En los años 90's, nuestro comercio fundamentalmente era con el bloque socialista de Europa del Este, que ustedes conocen, y del que Cuba importaba, cuando se destrumbó, el 79% de los cereales, el 50 % del arroz y el 94 % de aceites y granos. Éramos totalmente dependientes, como lo habíamos sido siempre en relación con el comercio. Esto generó una fuerte escasez de alimentos tanto de los importados, como de los que se generaban con la producción nacional. En consecuencia, fue la lucha por la supervivencia y no el paradigma de la sustentabilidad, lo que llevó al país a buscar alternativas de solución internas a corto plazo.

Lo relatado fue una crisis muy dura pero también fue una oportunidad de retomar la posibilidad de desarrollar un modelo diferente de agricultura; ya que para dar solución a la escasez, se crearon alternativas en el campo y se inició el desarrollo de la agricultura urbana con un amplio apoyo estatal.

¿Cómo se estableció?

Se autorizó el uso de los espacios vacíos de propiedad pública, ya que aunque hay espacios privados en Cuba, la mayoría de las tierras son estatales. Se aseguró la asesoría técnica y el suministro de semillas e implementos agrícolas para iniciar el proceso; ya que lo otro es enseñar a producir la semilla, a seleccionarla y almacenarla con el propósito de no recrear la misma dependencia cultural que podíamos haber tenido en un momento determinado.

En esa perspectiva, se capacitó a los técnicos y a los productores. Pero, capacitando, los primeros que nos tuvimos que capacitar en un modelo diferente de agricultura, fuimos los técnicos y los ingenieros, ya que también en Cuba salímos de la universidad con el modelo de la agricultura convencional.

Ya en 1994 se institucionaliza la agricultura urbana y se crea una Dirección de la Agricultura Urbana en cada una de las provincias que atienden las diferentes ciudades y en 1997 se crea un Grupo Nacional de Agricultura Urbana, que promueve este desarrollo.

Hoy nosotros podemos hablar que la agricultura urbana en Cuba fue una agricultura de subsistencia de 1989 a 1994; actualmente, hoy por hoy, es una agricultura en la que primero se privilegia el autoconsumo y cuyos excedentes se comercializan, ya que no tenemos patrones de consumo tan fuertes como los que

podemos ver en Medellín. Por ello, la comercialización no es una prioridad; sobre todo, para el pequeño productor. Lo más importante es asegurar la alimentación.

¿Qué hay ahora?

40.000 hectáreas de tierra solamente con hortalizas y condimentos frescos en todas las ciudades del país; sin hablar de otras áreas más pequeñas, ni hacer mención a los cultivos de granos y tubérculos. Se producen más 300 gramos por día por persona de estos productos. Es mayor la calidad en la nutrición. Hay más de 200.000 nuevos empleos en las formas directas que son puramente para la comercialización, aunque los que trabajan allí, llevan alimentos para autoconsumo. De esos empleos, el 12% es de técnicos y profesionales ya que todos los productores necesitan asesoría y capacitación que se establece también en una forma diferente ya que en muchos casos es autogestionaria como las tiendas y consultorios agropecuarios donde el productor va y pide una asesoría, y esa asesoría se paga.

Se destaca el aprovechamiento productivo de espacios vacíos urbanos. Por ejemplo, en La Habana, son más de 1.600 hectáreas dentro de la ciudad, con formas propias de comercialización que hacen parte de la economía local. Allí, el productor urbano no tiene que llevar sus excedentes al mercado, ya que comercializa en sus propias áreas de producción. Y cuando son muy pequeños, de tal modo que tienen excedentes de vez en cuando, se agrupan cerca de la casa y de los lugares productivos y ahí comercializan.

Los retos actuales

La agricultura urbana, en nuestro caso, -cada uno tiene su realidad y tiene que producir y generar alternativas



en función de esa realidad- debe pasar de una alternativa a la “crisis”, a una función urbana permanente.

La base de su desarrollo debe concebirse “desde la ciudad” y no sólo “desde la actividad agropecuaria”, porque sino es muy vulnerable. Tiene que establecer unas relaciones en el ambiente urbano que va más allá de contribuir a la seguridad alimentaria.

Digo “contribuir” e insisto en la contribución, porque esta agricultura para nosotros y muchas de las experiencias que tenemos, no va a sustituir ni a competir con la gran agricultura que se efectúa en los campos.

Hay que continuar trabajando para darle una permanencia reconocida a esta actividad productiva en la periferia de la ciudad y de manera temporal, al interior de ésta. Así damos continuidad a lo que se ha logrado hasta ahora, ya que la agricultura urbana ya está incluida en el Plan Director y en el Plan de Ordenamiento Territorial de la

ciudad Capital.

A modo de conclusión, para nosotros, los que hemos venido acompañando este proceso de agricultura urbana en la línea del desarrollo sustentable, esto no es una moda. Necesitamos seguir trabajando para llevar los postulados a la práctica y ello permitirá realmente legar a las futuras generaciones un ambiente mejor que el que hoy estamos viviendo.

Con esa meta, cada uno de nosotros tiene un compromiso trascendente en el desarrollo de nuestras ciudades y país; precisamente el de producir cambios económicos, culturales, ecológicos orientados en esa dirección. Y ya que hemos asumido que la responsabilidad también es nuestra, no solo podemos exigirles a los líderes; desde el Estado hasta el último de sus ciudadanos, debemos trabajar por una sociedad más comprometida.

* Presidenta de la Fundación Antonio Núñez Jiménez de la Naturaleza y el Hombre, Ciudad de la Habana - Cuba,

